Iniciación en la Intemperie

Poemas

Vicente Gerbasi

Ilustraciones

Ernesto León

GALERIA DE ARTE NACIONAL

MONTE AVILA EDITORES

Septiembre 1990

FOTO: VASCO SZINETAR

Vicente Gerbasi

Nació el 2 de junio de 1913, en Canoabo (Estado Carabobo). Estudió Filosofía y Letras en Florencia (Italia). Ha publicado poesía, crítica, ensayos y artículos breves en diferentes revistas de literatura venezolanas (participando incluso en la fundación de muchas de éstas) y extranjeras. Fue miembro fundador del grupo **Viernes** y colaborador activo de la publicación del mismo nombre. Desde 1971 dirige la **Revista Nacional de Cultura.** Ha recibido, entre otros, el Premio Municipal de Poesía (1942) y el Premio Nacional de Literatura (1969).

FOTO: CARLOS GERMAN ROJAS

Ernesto León

Nació en Caracas en 1956. Cursó estudios en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid (España), en el Centro Interamericano de Restauración Paul Coremans (México) y en el Departamento de Artes Visuales de la Universidad de Nueva York (E.E.U.U.). A partir de 1980 inicia una investigación personal sobre el tema de las aves y las plantas, la cual sigue desarrollando en los actuales momentos. Desde 1976 ha participado en numerosas exposiciones colectivas, y desde 1984 hasta la fecha ha realizado diecisiete exposiciones individuales, dos de ellas en el exterior. Ha recibido, entre otros, el Premio de la II Edición de la Bienal Eugenio Mendoza (1984) y el Premio de la Asociación Internacional de Críticos de Arte al Artista Joven del Año (1988).

En su último jardín —ese pequeño espacio donde el helecho, la enredadera y la yerba, forman un círculo de media sombra en torno a su vejez— Vicente Gerbasi ha inmovilizado en su mirada y en su sentimiento la caída del día que los antiguos poetas chinos o aquel personaje de Marguerite Yourcenar de sus narraciones orientales no identificaban con lo que está a punto de fenecer, de pasar a la sombra, sino con "el viaje", al errar hacia el otro día de la tierra, el que se oculta de nuestra mirada y nuestra apariencia terrenal. Antes —y antes era Consuelo, su compañera— atardecer significaba para Gerbasi irse por el filo del tiempo con la sombra única de su ser y su mujer en la que confluía la huella de un cuerpo confundido en el otro, lo que equivale a invocar —como en los cultores de la iluminación en lo oscuro— la blancura de adentro que alumbra en nuestra tiniebla personal desde que somos y nos descubrimos criaturas para la muerte y el olvido. Yo sé que Gerbasi esperaba ese dolor; que cultivaba esa muerte de la mujer que él fue en su amada como lo quiere Rilke; pero nunca supuso siquiera que habría ausencia, que habría vacío en su sombra doble, de flor bicéfala. Imaginó —lo susurró en cierto diálogo— que morirse y vivir, eran siempre una conducta compartida con su amiga hoy invisible; que morir nunca podía ser esta sombra desmembrada, mutilada; que no sería como Canoabo, que hace mucho es menos realidad que invención de la escritura, que meditación sobre el despertar a la tarde interior, después de vivir una existencia dormida (con los ojos abiertos) al día del paisaje que regalaba al decir poético su forma y su temblor de hoja y animal, de límites de cielo nocturno y cielo blanco, sosegado o tormentoso —poco importaba— y cuya duración en los sentidos hacía perdurable la contemplación —en la memoria desnuda y en la materialidad poética: la imagen— más allá de su cercanía y su frecuentación. Quien lee a Gerbasi lo sabe: vivir es devolverse, una y otra vez, a un espacio primigenio, donde lo espantable y lo bello, la certidumbre y la ilusión, mantienen alianza perpetua, dejan "de ser contradictorios".

Mucho permaneció Gerbasi acopiando la cosecha de esa contemplación. Con ella formuló un pensamiento metafísico, religioso, del paisaje desfigurado por la intervención (o apropiación) del ser que se atribuía sus valores y sus símbolos. Nos regaló un idioma sonoro y prolongado (el de "Poemas de la noche y de la tierra", el de "Tres nocturnos", el de "Los espacios cálidos", pero sobre todo el de "Mi padre el inmigrante", entre la veintena de títulos que integran esa primera y larga entonación de su escritura) y diciéndolo, escribiéndolo vivió por y para una poesía de larga respiración y larga voz. Pero vino el tiempo de "la tarde", ése del murmullo, el de la confidencia breve y sobre todo el de la mudez súbita o la interrupción del decir por la pausa, "la rica indigencia" y Gerbasi bajo el tono de su verbo poético para intensificar sus significados en la margen del vocablo, en la orilla de la imagen, en el filo mismo de la forma. Hace varios libros que Gerbasi practica esta ascésis en su escritura, desde "Retumba como un sótano del cielo", "Edades perdidas", "Los colores ocultos", "Un día muy distante", hasta el "Solitario viento de las hojas" y su más reciente "Iniciación en la intemperie", todos editados por Monte Avila Editores. Sin embargo, nunca como en los dos títulos últimos el estilo y el sentido gerbasiano del espacio han conformado una unidad tan totalizadora. El Gerbasi del atardecer es menos invocativo que meditativo, menos imaginista que reflexivo; sus objetos invariables (hoja, agua, aldea, montaña, pájaro, lluvia y trueno) y sus valores abstractos (infancia, muerte, dios, deseo, amor) nutren las motivaciones de su poesía, pero aquella aspiración a lo sagrado, aquella elevación a lo religioso, a lo santo (la infancia y la inocencia, la ternura y el credo cristiano) cobran una orientación mística que pareciera alejarse del otrora panteísmo de Gerbasi y aproximarse al Dios del rezo y la oración. Si es verdad perenne e irrebatible lo que sostiene Valéry sobre los poemas abandonados que creemos concluidos, nunca como en la labor creadora de Gerbasi esta sentencia cobra mayor alcance: cada poema del libro precedente de Gerbasi es recreado, reformulado en el siguiente. Los grandes poetas —lo dice Char— escriben un poema ininterrumpido en cada libro. Escribe un sólo y único poema. Este salvoconducto nos autoriza a decir que en cada libro de Gerbasi —en especial en sus libros de atardecer— la obra se materializa en dos, en tres, poemas; en un poema solo, cuya aparición en el libro necesita de los que conforman su entorno, su atmósfera "temática" o motivacional. Por eso nos atrevemos a señalar —por quererlo así nuestra preferencia, nuestra empatía con cierta materia poética gerbasiana— que poemas como "Yo no duermo en ti,/ tú duermes en mí,/ en los sueños/ de los jardines./ Así yo vi las acacias/ de la Iglesia/ en los ardores de tu cuerpo./ en los anillos,/ en lo que tú eras/ como un grave olor./ Después de todo, la muerte/ existe o no existe" o el postrero, el de la oración a Consuelo, el de "Ese día... son —con los gerbasianos dibujos de Ernesto León, admirables, los cuales ilustran los poemas— "Iniciación en la intemperie", se bastan a sí mismos, y los textos que conforman el libro les sirven de sostén, de tierra firme, de "suelo" verbal y emocional. En ellos, como en los poemas de su tarde real y moral, Gerbasi toca lo inocente de lo vivido y por vivir (esas dos muertes transfiguradoras: la de la infancia y la de la nada) y está en el mundo perplejo, en perenne asombro porque ahora su poesía le revela que "después de todo, la muerte/ existe o no existe".

Luis Alberto Crespo

Vicente Gerbasi

XV

Soy la contemplación.
La estrella
en la frente del profeta.
Vi la aldea
de la pastora
que llevaba el llanto.
Nunca pasó la historia
de las casas.
Ellos movieron en silencio
el día de mi muerte.

V

El leopardo
acostado bajo la luna
ilumina la noche
del desierto

Sonido del Misterio

Te busco en los sonidos
del misterio
donde me esperan los ángeles.
Voy por el sendero de los sauces.
Ahí suena el cielo
en la intemperie.

(Del libro **Iniciación en la intemperie**, de Vicente Gerbasi. Monte Avila Editores. Caracas, 1990)

Bibliografía Esencial

Antología poética (1943 - 1990). Caracas, Monte Avila Editores, 1990.
Los colores ocultos. Caracas, Monte Avila Editores, 1984.
Edades perdidas. Caracas, Monte Avila Editores, 1981.
Los espacios cálidos. Caracas, Ediciones Mar Caribe, 1952.
Mi padre, el inmigrante. Caracas, Ediciones Suma, 1945.
Poesía de viajes. Caracas, Monte Avila Editores, 1968.
La rama del relámpago. Caracas, Ediciones Mar Caribe, 1953.
Retumba como un sótano del cielo. Caracas, Monte Avila Editores, 1977.
El solitario viento de las hojas. Caracas, Tierra de Gracia Editores, 1989.

Diseño Gráfico: Mariseia Balbi
Mariela Garcés
Textos: Linotipo Di Bari
Impresión: Editorial Texto